

EN TORNO A LA UNION ATLANTICA

Las experiencias de los imperialismos modernos auxiliadas por una reflexión más o menos elemental de la desorientación de los pequeños Estados han inducido a muchos a pensar en el federalismo como única oportunidad de asegurar la paz. Alvarez y Scelle han sido los inspiradores de esta orientación. Y no es necesario analizar que el Occidente así lo ha comprendido. La guerra ha dado muchas lecciones. Parecen iniciarse síntomas de una rectificación feliz. Mas no puede desconocerse que esa línea de mejoramiento, aun cuando es una recta continua e inflexible, su ascenso ha sido muy lento. Como ha escrito Foster Dulles, el Programa de Recuperación Europea, el Tratado del Atlántico Norte y el Programa de Asistencia Militar son importantes pasos en una buena dirección. Pero estas medidas no suministran todavía la realidad de una defensa común digna de confianza. Es por esto por lo que la revista *Look* escribía el 7 de junio de 1949: «El Pacto Atlántico no es bantante. Esta alianza no puede bastar para salvar la paz y la libertad. Solamente una real unión federal de las democracias atlánticas puede llevar a cabo esta tarea. El Pacto Atlántico es útil como un primer paso en caso de emergencia, mientras estamos trabajando por una Unión Atlántica.» El mismo parentesco espiritual advertimos en los conceptos explayados por Szilard y Rabinowitch, sabios atómicos, y por Servan Schreiber. Parejamente, el político americano Mansfield sustenta el siguiente criterio: «La Unión Atlántica es el corolario político del Pacto Atlántico.» Y por su parte Schuman, en un Congreso del M. R. P., en el año 1950, patentizaba la precisión de llevar el Pacto Atlántico más allá del plan exclusivamente militar. También el senador demócrata Guy Gillette ha criticado vivamente al P. A. M., por conducir a una política de militarismo y de fuerza; ha calificado de retrógrado al Pacto Atlántico y se ha declarado partidario de una unión política y moral de las democracias occidentales. Algo semejante sucede con Alsop, pidiendo una alian-

za total del Atlántico y señalando la insuficiencia actual de la ayuda militar norteamericana.

En este punto quizá sea necesario anotar cómo ha insinuado Walter Lippmann la interconexión del Occidente: «Espantosa necesidad y extremado peligro nos obligan y nos invitan a emprender la formación de esta gran sociedad política occidental... Los hombres libres y civilizados necesitan constructivas ideas y proyectos en que alistar sus energías y dar sentido a sus vidas.» Y todavía resulta más significativo lo escrito por Arnold Toynbee: «Algún tipo de Gobierno mundial es ahora posible entre América, Inglaterra, los Dominios británicos y la Europa occidental. Puede serlo y sería realizado en un futuro inmediato. Debemos despertarnos y actuar de prisa... Podemos unir nuestros recursos y lograr resultados. Tenemos mucho en nuestras manos. Juntos podemos sobrevivir ante el comunismo, pero separadamente, no.»

Nada de extraño tiene, pues, que dediquemos un mínimo de atención a los esfuerzos de Clarence K. Streit. Este nació en una pequeña ciudad de Missouri en 1896. Sirvió en Francia durante la primera guerra mundial y fué agregado a la Comisión estadounidense para negociar la paz. Frecuentó estudios en la Sorbona y en Oxford. Corresponsal del *Philadelphia Public Ledger* y del *New York Times*, siguió la guerra greco-turca, la marcha sobre Roma, los sucesos del Rif, y, de 1929 a 1939, la obra de la Sociedad de las Naciones. Y —lo más importante para nosotros— en su libro *Union Now*, publicado primeramente en una edición privada de 300 ejemplares, en 1938, desenvolvía la idea de la federación inmediata de todas las democracias para hacer imposible la guerra que se consideraba entonces como inminente. En 1939 *Union Now* aparecía en Londres y en Nueva York. El verano de ese mismo año veía la luz de dos versiones: la francesa y la sueca. La coyuntura bélica generó una nueva propuesta. Streit, ante la situación de emergencia, postulaba en 1941 la unión entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

¿Qué efectos produjo la obra de Streit? Pocos, muy pocos, según algunos. El semanario *Time* de 27 de marzo del pasado año considera escasa la influencia de *Union Now*. Lo cual no obsta para que meditemos sobre el valor de algunos hechos. Durante la pasada conflagración, Lippmann, en su teoría de los grupos regionales, se ocupaba preferentemente de la órbita atlántica. Sir William Beveridge ha aludido a la Comunidad Atlántica, formada por los Estados Unidos, la Comunidad de Naciones británicas y el Oeste de Europa, aunque desconfe, en general, del sistema de grupos regionales. Y Yepes tributa elogios a Streit y afirma que su libro ha tenido una gran repercusión. Naturalmente:

han ocurrido demasiados cambios en el pensamiento político y en la estructura de la comunidad internacional. Advirtamos que se conocen ya interesantes exégesis (1). Podrá suceder, sin duda alguna, que toda la literatura que ha engendrado y los innumerables esfuerzos realizados en pro de la unificación del Oeste no logren penetrar hondo en la esencia del transcurso histórico. Pero bástenos señalar que, sea cual fuere la trayectoria de dicha propensión, conviene tener muy en cuenta que en estas fórmulas de integración está contenido todo el desasosiego occidental moderno. Sobre su efectividad cabrán, además, no pocas discrepancias. Mas hemos de constreñir nuestra acción, no a analizar, sino a mostrar, y en rápido bosquejo.

En primer lugar, Streit rechaza la colaboración de las autocracias (2). Su teoría básica es que los pueblos que aceptan las dictaduras pueden ser calificados políticamente entre los inmaturos y retardados. Además, la organización del mundo por los Gobiernos totalitarios es siempre fuera de la ley y del orden y sólo a través de la conquista. Tales conceptos conducen derechamente a una concepción particular del convivir interestatal: *the freedom is the key of the peace*. Se comprenderá sin excesivo esfuerzo la significación de este presupuesto. No es la primera vez que se ha manifestado. Empero, la colaboración de los pueblos libres se impone: antes, a causa de los designios del Pacto Tripartito; hoy día, por las razones conocidas de todos. Para Streit, en la hora actual, las ligas de naciones y los pactos de seguridad no representan ya nada efectivo. La Sociedad de las Naciones y los Tratados de Locarno son ostentados como prueba de sus asertos (3). En su consecuencia, precísanse instituciones ligadas al pueblo y de un matiz más claro. Aquí el autor de *Union Now* ofrece la síntesis de las democracias sin margen de opción, impuesta por una necesidad inexorable.

Forman parte integrante de la Unión (4), de acuerdo con las exigencias democráticas: Australia, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Fran-

(1) Bástenos citar:

LIVINGSTON HARTLEY: *Which road to peace?* «Humanity», septiembre 1950, págs. 13-17.—*The Movement for Atlantic Union*, «The British Survey», diciembre de 1950, págs. 25 a 30.

HERBERT AGAR: *Atlantic Union and the U. S. A.* Conferencia en junio de 1950, del grupo escocés del «Royal Institute of I. A.», en Aberdeen Glasgow y Edimburgo.

LELAND B. HENRI: *Is Atlantic Union Possible?* Conf. en los Centros de Windsor y London del «Canadian Institute of International Affairs».

C. K. STREIT: *Unione federale e Società delle Nazioni*, en «La Federazione European», Firenze, La Nuova Italia, 1948, págs. 119-187.

Además, puede consultarse con excelente fruto, la revista mensual «Freedom and Union», del Movimiento, de C. K. STREIT.

No obstante, conviene señalar la existencia de estudios en donde, bajo la rúbrica general de la Unión Atlántica, se hace referencia únicamente al fortalecimiento militar de las naciones occidentales, pero sin tratar el tema que nos ocupa. Así, *L'opinion américaine et l'Union Atlantique. La Documentation Française*. Serie Politique XXVI, núm. 1.480. 12 mayo 1951.

(2) Vid. *Union Now. A proposal for an Atlantic Federal Union of the Free*. Postwar edition, 1949, págs. 63-64, y, en general, el capítulo VI.

(3) V. *ibid.*, págs. 53 y ss.

(4) V. *op. cit.*, pág. 65.

cia, Finlandia, Dinamarca, Gran Bretaña, Holanda, Irlanda, Noruega, Nueva Zelanda, Suecia, Suiza y Unión Surafricana. Aunque últimamente se ha opinado que cabe extenderla a Filipinas, Indonesia, Islandia, Italia y Luxemburgo, vista su autenticidad democrática. Si bien no falten quienes pongan en duda la consistencia política de alguno de estos Gobiernos.

El panorama de esta solidaridad de pueblos antitotalitarios puede resumirse como sigue (5). Principalmente, a la Unión corresponde la regulación de las siguientes materias: emigración, comercio, ciudadanía, impuestos, moneda, política exterior, defensa... Importa subrayar que la salvaguarda de la aplicación de los principios democráticos en todos los Estados de la Federación es otra modalidad de su esfera de actividad. Las obligaciones que se le señalan son: no establecer religión del Estado, no conceder títulos hereditarios o nobiliarios y cuidar de que los Estados respeten las instituciones democráticas. A los Estados se les otorga el derecho de mantener fuerza de policía y milicias, y, a la vez, se les impone el deber de garantizar los derechos del hombre.

Las tres clásicas instituciones —el Poder Legislativo, el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial— se encargan de regir la Unión. El legislativo (Congreso) está integrado por una Cámara de Diputados y un Senado. Cada millón de habitantes, o fracción, da derecho a la elección directa de un diputado. Los senadores son elegidos en esta proporción: dos senadores por cada 25 millones o fracción. Las funciones del Presidente son ejercidas por un conjunto de cinco ciudadanos. Complétase la estructura de la organización democrática con el Alto Tribunal, encargado de resolver las controversias entre Estados, entre ciudadanos y otros Estados o entre súbditos de diferentes Estados. Toda esta articulación entraría en vigor una vez ratificada por diez Estados, comprendidos Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos.

A la Federación se le augura la máxima eficiencia y prosperidad, conjugando la paz y la seguridad con la libertad. Un experto como Parker van Zandt ha hablado de la inigualable posición del núcleo de los pueblos libres, dentro del *principal hemisferio de la edad aérea*: el que contiene el 90 por 100 de la tierra del planeta, el 94 por 100 de la raza humana, el 98 por 100 de la industria mundial y todas las líneas aéreas importantes (6). Se hace notar que este engranaje democrático solventaría el temor al resurgimiento de la hegemonía teutona; permitiría una colaboración atómica, hoy soslayada; acrecentaría la fuerza de la O. N. U., al cooperar con ella. Streit aclara que la Unión dispondría de bases estratégicas en todos los puntos del globo. Por otro lado, la fuerza de

(5) Vid. *Illustrative Constitution of the Atlantic Union, «Annexes of Union Now»*, páginas 201-211.

(6) V., *Freedom and Union*, abril 1948, págs. 24-25.—«Union Now», págs. 119-130 y 279 y ss.

Rusia, tras las vicisitudes de la última contienda, y a pesar de su eventual recuperación, no puede compararse con la potencia conjunta de Alemania, Italia y el Japón. Esto nos hace reparar en que la Unión democrática se afirmaría como un vigoroso conjunto bélico con el menor coste. Sería el triunfo de la racionalización integral de la defensa. Hoy día, según el general Billotte, los presupuestos militares de las naciones occidentales son despilfarrados. Y se asevera que tales recursos, bien empleados, servirían para asegurar la defensa común. Al mismo tiempo, combinando las fuerzas armadas de todos, siempre quedaría un margen para un adecuado desarme. No se olvide que actualmente la teoría de la seguridad por el equilibrio de poder está muerta. Owen J. Roberts, ante el Subcomité senatorial de los Estados Unidos para las relaciones exteriores, declaraba lo siguiente: «La única seguridad en este mundo es una tremenda preponderancia de poder.» A un imperio comunista de 800 millones de hombres en trance de sellar su unidad, nos será preciso, para sobrevivir, oponer un imperio de *una potencia igual o superior*. Y no solamente una barrera militar, como buscamos hacerlo hoy. Este es el pensamiento director de Robert Borel. No es extraño, pues, que Streit afirme: «Our Union will be *the* great power, not one of the great powers».

Pero el rumbo riguroso que había de tomar la Unión preconizada por Streit para su formación ha hecho comprender a muchos la imposibilidad actual de su realización en todos sus postulados. No olvidemos el caso de países como Suecia o Suiza. Tengamos presente la difícilísima postura finlandesa. No es que el cuadro varíe completamente. Las peculiares esencias de la primitiva posición, lo típico de la finalidad se mantiene. Lo esencial, superar el estancamiento occidental, se impone. Claro es que, de momento, concebido el desarrollo dentro de un marco más restringido.

Y aquí corresponde aludir al Comité americano para la Unión Atlántica. Desde el 15 de marzo de 1949, este Comité se ha difundido por todos los Estados Unidos (7). En el momento presente comprende 94 *local chapters*. Más de quinientos miembros integran el Consejo Nacional y la Junta de Gobernadores. Destacadas personalidades de la vida pública norteamericana están afiliados a él: el almirante King, el sabio H. Urey, Norman Armour, Joseph C. Grew, Clayton, Patterson, Douglas Fairbanks Jr.... Los esfuerzos del Comité han rendido frutos. Y ambas Cámaras del Congreso de los Estados Unidos fueron requeridas, el 26 de julio del 49, por una *Atlantic Union Resolution* para acordar que el Presidente de los Estados Unidos invitase a las democracias que han patrocinado el Pacto del Atlántico Norte—Francia, Gran Bretaña, el

(7) L. HARTLEY: op. cit. ant., págs. 25-26.

Benelux, Canadá, además de los Estados Unidos— a nombrar delegados representando los principales partidos políticos, para reunirse con delegados de los Estados Unidos en una Convención federal que estudiaría el modo de conseguir la aplicación entre sus pueblos, y dentro del marco de las Naciones Unidas, del principio de una Unión federal libre. En junio de 1950 introduciase en el Senado canadiense una resolución semejante.

El *Observer*, en 1949, se mostraba partidario de una Federación que englobase América, la Commonwealth y la Europa occidental. También en la Cámara de los Comunes se ha debatido el tema de la Unión Atlántica. De igual manera, por tanto, en Europa el movimiento en favor de la Federación Atlántica ha encontrado mantenedores. Por lo menos, dos ilustres ejemplos pueden ser comentados: el de Allaix y el de Billotte.

Para Allaix (8), una Federación de las democracias presenta mayores facilidades de solución que una integración europea. Y aunque reconoce la existencia de grandes dificultades sobre el plano económico, afirma que podrían ser superadas. En el presente, el Oeste encierra dos condiciones contradictorias: rearmar intensamente y aumentar el nivel de vida de sus pueblos. Por eso, una Federación basada en los principios de libertad y en las aspiraciones sociales prometidas por el comunismo ejercería indiscutiblemente una atracción sobre el mundo bolchevizado. Lo principal es que la unificación política preceda a la integración económica. Todavía más: una Europa indecisa, dividida y desarmada, abandonada a la desesperación, pronto sería presa de la servidumbre. En cuanto a los Estados Unidos, si Europa se pierde, no podrían mantenerse mucho tiempo. Así, el Pacto Atlántico sin Unión es inoperante e ineficaz. Y aun un bloque europeo neutralista no haría sino acentuar, progresivamente, sus divergencias con América, con las naturales consecuencias, únicamente beneficiosas para la política del Kremlin.

Son harto conocidas las reflexiones de Billotte (9). Por otra parte, el lector con curiosidad hallará en el número 1 de estos CUADERNOS una recensión del profesor Barcia Trelles dedicada a poner en claro los pensamientos del general francés. Por lo antedicho nos limitaremos a precisar que Billotte reconoce la valía del Pacto Atlántico. Este, por sus conexiones con los otros pactos de seguridad, por la extensión de sus territorios y el carácter universal de los intereses de las naciones signatarias, realiza la solidaridad de la mayor parte de las naciones del mundo occidental. De este modo el Pacto —declara Billotte— sobrepasa en

(8) *L'Union Atlantique seule solution*, «Les Etudes Américaines», Cahiers XX-XXI, 1950, págs. 31-40.

(9) Consultense los artículos que bajo el título *Le temps du choix*, fueron publicados en «Le Monde», del 21 al 24 de febrero de 1950.

cien codos a todo lo que ha sido hecho precedentemente. Mas presenta debilidades. Una de ellas, engendrada por la pasión política: la ausencia de territorios esenciales desde el punto de vista militar. El general francés se inserta en la orientación que sustenta la insuficiencia e ineficacia de la unidad europea por sí sola. La centra en este argumento: en los dos aspectos principales, la moneda y la seguridad militar, el Continente se muestra tributario de los Estados Unidos; lo que hace de él, en esta coyuntura, un satélite de Washington. También Billotte se encara con la hipótesis de una economía europea en concurrencia con la americana. Y concluye con los mismos pronósticos que Allaix. Junto a estas evidencias, las dudas y las reservas del Reino Unido respecto al Continente, el *tête-à-tête* Francia-Alemania y los límites de la economía americana, llevan a la única solución: a la Unión entre la Commonwealth, Estados Unidos y Europa occidental. Es obvio que este conjunto de pueblos libres disfrutaría de los máximos recursos: en demografía, en el aspecto intelectual, en el campo de la investigación científica, por sus rentas nacionales, por su capacidad industrial...

Terminemos esta brevísima referencia citando los nombres del economista inglés Lionel Robbins, de la «London School of Economics and Political Science», y del alemán Stocky. Ambos se adhieren a estas estimaciones. Y del mismo modo, Italia revela percibir el sentido de la Unión Atlántica (10).

También se adoptan actitudes que abrigan el optimismo de superar por otros medios las presentes circunstancias, aseverando que las precedentes conjeturas no son correctas. En el fondo, lo que se discute es el problema mismo de la civilización europea: son los matices continentales ante los Estados Unidos, es su afirmación frente a los soviets. Nada de extraño tiene, por tanto, que se discrepe de tales propensiones unificadoras, estimándolas como una fórmula muy peligrosa. Se teme que las vicisitudes de la política exterior estadounidense habrían de influir, por encima de todo, sobre el conjunto de la Unión. No se olvide que ésta se toma esencialmente en el sentido de una concreta respuesta a la agresión comunista. Así lo ha expresado el diputado Boggs, de los Estados Unidos; en esta actitud se inserta el citado Borel.

Con todo lo cual procede ofrecer la crítica que Max Richard (11) ha llevado a cabo contra las tendencias de la Federación Atlántica. En rápida visión resumiremos sus conceptos como sigue. La Unión Atlántica representaría de hecho la cristalización de la actual escisión del mun-

(10) *Unione europea o Unione atlantica*. «Occidente», enero-febrero de 1950, págs. 51-53.
 PAOLO EMILIO TAVIANI: *Autarchia dell'Europa*, «Civitas», junio de 1951, págs. 21-37.—
L'unione europea e l'unione atlantica. «Civitas», noviembre de 1950.
 A. SPINELLI: *Federazione europea o federazione atlantica?* «Europa federata», 15 mayo 1951, núm. 46, págs. 1 y 2.

(11) *Fédération européenne d'abord*, «Fédération», núm. 65, junio de 1950, págs. 308-319.

do en dos bloques. Fuera del grupo América del Norte-Europa occidental y del bloque U. R. S. S.-satélites, el resto del universo terminaría o por unirse *de facto* al bloque del Atlántico, o, en una segunda hipótesis, se articularía en una o varias formaciones independientes. Y Richard deplora, alarmado, que el papel a desempeñar por Europa en la dirección de una eventual Tercera Fuerza pudiera ser asumido por otros. Existen, de otro lado, demasiados factores que se oponen a la integración total entre Europa y Norteamérica. En primer lugar, se señalan las profundas diferencias económicas. También se arguye que militarmente los Estados Unidos todavía son muy inciertos. Respecto a Europa, es dudoso que su opinión pública esté presta a una Unión del Atlántico. Para Alemania, concretamente, un armazón de este tipo sería extraordinariamente nocivo: supondría el corte definitivo del país. Y la incidencia sobre el mundo británico se revelaría con carácter decisivo. Pues la Federación Atlántica seduce a Gran Bretaña no en sí, sino por oposición al Continente. ¿Qué sucedería, se pregunta Richard, con el bloque de la esterlina? No resultaría inverosímil que Canadá, Australia y, más tarde, la Unión Surafricana fueran atraídos por la potencia americana. Ya que una debilidad de este conglomerado procedería de su dispersión. Y sometido a innumerables fuerzas centrífugas, Europa, en todo caso, aparecería como una marca lejana, al variar el centro de gravedad político.

No obstante, acumúlense las impugnaciones de la prensa de lengua inglesa sobre la vitalidad de nuestro Continente federado. Léase lo que ha escrito Hans Kohn en el *New Dealer*. Similares notas resuenan en artículos de Lansing Warren, del *New York Times*. Para Michael Straight, editor del *New Republic*, tanto una Europa occidental desmoralizada y dividida como una Europa federada, integrada en entidad separada y neutral, *no es protección para América*.

Mas, lógicamente, la Unión Atlántica también ha sido sometida a juicios adversos de otro matiz. No es menester hacer hincapié sobre el cariz de los ataques comunistas: *el Mito europeo, el Nuevo Orden americano...* como frenos de la expansión de *la democracia y de la libertad*.

Ahora bien: cabe temer, con los partidarios del Gobierno mundial, en la posibilidad de que la Federación del Atlántico fuere mirada por los pueblos de Asia y de Africa como un *white-bloc*, aun a pesar de dar entrada, eventualmente, a aquellos países que, como el Pakistán y la India, son miembros de la Mancomunidad. Interesantes son algunas observaciones de la prensa estadounidense. Por ejemplo, el *Somerset American* califica los trabajos del Comité americano para la Unión Atlántica como pasos decisivos hacia el absolutismo y la muerte de la civilización. Esto no debe sorprender. Imaginamos de antemano que el

lector conoce las posturas diferentes que se han adoptado en Norteamérica sobre la cuestión de los derechos humanos de la O. N. U.

Y tal vez, aprisionando alguna de las razones indicadas anteriormente, en las actuales circunstancias de oposición occidental al expansionismo de Moscú, se ha querido hacer ver que el desarrollo de la Comunidad del Oeste debe hacerse a través de fases sucesivas conexonadas. Tal sucede con Lavergne, con Van Zealand, con Reynaud, con Carlyle Morgan, con F. L. Josephy...

Este es el caso del general francés Montrelay (12), cuyo pensamiento podemos resumirlo en unos cuantos puntos: 1.º La Unión General será la Federación de las Américas, la Unión Europea, la Commonwealth, la Unión Francesa y las Uniones de la misma naturaleza formadas entre las potencias de Europa y las naciones del mundo que han asociado a ellas su destino. 2.º No ha de darse a la Unión General el apelativo de Unión Atlántica, erróneo en lo que tiene de geográfico y de restrictivo. 3.º Debe denunciarse ese error, comúnmente cometido, que consiste en buscar soluciones en un sistema más general cuando no se han podido encontrar en un cuadro más restringido. 4.º La Unión General significa tanto para los Estados Unidos como para Europa. 5.º Tal organización, para huir de peligrosas ilusiones, presupone, ante todo, que sus constituyentes hayan consolidado su estructura.

Una parte de la prensa anglosajona de América —el *Winnipeg Free Press*, el *Ottawa Citizen*, el *Globe & Mail*, de Toronto; el *Denver Post*, el *Washington Daily News*...— ha expresado, con diferente precisión, su confianza en la viabilidad y en la oportunidad de la Unión Atlántica. Y he aquí que se echa de menos alguna construcción que coordine con eficacia y sin sinuosidades la labor de todo el Occidente. Servan Schreiber propone la formación de una *Cominform Atlántica*. La necesidad de una mayor coordinación en el campo cultural informativo entre los países democráticos para oponerse a la propaganda de las teorías totalitarias, ha sido considerada en la revista romana *Esteri*. Por todos es conocida la proposición de Bidault, en Lyon, en abril del año último, en torno a la creación de un *Alto Consejo Atlántico*: ordenador de la defensa y de la economía occidentales, en un primer estadio; más tarde, orientador político. Paul Reynaud ha preconizado un *Estado Mayor Atlántico*. Un nuevo organismo permanente de ejecución y coordinación es solicitado por Schuman. Y el *New York Times*, bajo la pluma de James Reston, subraya este hecho: la Comunidad Atlántica debe orientarse hacia una asociación lo bastante estrecha y fuerte para resistir, económica, política y militarmente, todo ataque del ejército o del comunismo soviéticos.

Owen J. Roberts y Borel reconocen lo prematuro de esos intentos

(12) *Stratégie totale*, «Le Bulletin Fédéraliste», núm. 32, 20 de noviembre de 1950, pág. 2.

para edificar íntegramente la Unión Atlántica. Pero Roberts (13) sugiere, como eficaz y urgente inicio, el establecimiento de un Departamento único de defensa y de un Ministerio común de política exterior. Esto último ha demandado el senador republicano Saltonstall, en Boston, el pasado mayo. A Borel (14) le parece más prudente empezar constituyendo un Alto Consejo encargado de coordinar las actividades esenciales de las naciones participantes; una Asamblea Consultiva, integrada por delegados parlamentarios, y un conjunto de Subcomités con la misión de ejecutar determinados planes en los asuntos de su competencia.

El balance de esta breve nota proporciona un resultado aleccionador. De la diversidad de apreciaciones sobre el futuro organizado de la Comunidad occidental, se revela la convicción de un sentir general, difuso y fragmentario si se quiere, pero real. El hecho es que los Estados Unidos no se bastan por sí solos y que no se bastarán jamás. A este respecto es lícito traer a colación las estadísticas que el *New York Times* publicó en el mes de enero sobre la importancia de la Europa occidental para la lucha entre las dos superpotencias. Pero aquí no es momento de reproducirlos. De este modo cabe afirmar que si Estados Unidos tienen necesidad de los demás pueblos libres, también Europa precisa de la ayuda americana. Esto no es nada nuevo. Claro es que, como afirma A. Vallentin en el número de marzo de *L'Age Nouveau*, América no ve más que un enemigo, mientras que Europa tiene muchos enemigos y muchos problemas. Pero, por encima de esto, los pueblos occidentales van siendo incorporados, inevitablemente, a una colaboración más perfecta. La unificación total plantearía problemas difíciles. Mas, a la postre, el Occidente, en su más amplia acepción, ha de sentirse cada vez más solidario y más responsable de su propio valer. Ha de concentrar sus esfuerzos en la labor de perpetuar lo logrado, acrecentando todo lo que un destino milenario ha hecho florecer. Que sea hecho colaborando de un modo o de otro, es lo mismo. Para Billotte (15), basta que la coalición de pueblos libres, englobando a la vez a los países débiles y a los más fuertes, a las naciones más expuestas y a las más protegidas, responda a estas tres condiciones: *cohesión, solidaridad, unidad*. Entonces podrá asegurarse que el Occidente dejará de vivir, como Damocles, bajo la amenaza de su desaparición posible...

LEANDRO RUBIO GARCIA

(13) *Forcing Policy Bulletin*, 27 de abril de 1961.

(14) *Paix, Guerre ou Communisme demain?*, «Le Monde», 26 y 29 de mayo último. *La coordination atlantique. Un plan politique doit précéder les mesures militaires.* «Le Monde», 28 de julio pasado, págs. 1 y 3.

(15) *Défense de l'Europe*, «Revue de Paris», abril de 1960, pág. 23.